

## Los condenados

miguel perez



Image not found.

## Capítulo 1

Sentía el olor antes de cruzar la quebrada. Era raro que la yegua se retobara para pasar un arroyito tan corto. Dudo en saludarlo. El otro se le adelantó.

— Hola Abraham, que grande que estas. — le costó articular un poco, la lengua le era torpe y los dientes se golpeaban.

— Buenas don Clemencio — se le hincho el pecho de aire, ya sabía que tenía que controlar un espanto gigantesco.

Sabía que algún precio iba a tener pasar cerca de él, pero no había otro camino, tenía que llegar al pueblo a cambiar el ají por trigo para que sus hijas tuviesen de comer. Le dio miedo de que le pida la vida de la yegua. Aparte de la utilidad que le debía, también le tenía un cariño profundo, era una gran compañera.

— ¿Cómo está la agua?, hace rato que hay una crecida... ¿No?— casi se ahoga con su lengua al soltar ese último no.

Su mirada estaba perdida en el monte, sin mirar a Abraham, los ojos chorreantes y glaucos casi no podían abrirse, aun así, se le veían los puntos negros que se contrastaban con lo que alguna vez fue blanco y ahora era de un verde lechoso, parecían dos huevos podridos.

—No creo que vaya a crecer don Clemencio. — después de eso no aguanto más y tuvo que taparse la nariz con la manga, las ganas vomitar ya le estaban llegando muy adentro. Después agregó.

— ¿Quiere que le traiga algo del pueblo?— por un momento pensó que el Condenado le iba a pedir algo material. Hubiese sido un alivio

—Anda tranquilo Abraham, pasa nomas...— en ese momento un pedazo de cachete se le zafo de la cara, colgante, brillante de la grasa podrida. Acomodo la mandíbula, sonó un hueso. —Cuando vuelvas a pasar por aquí... — Se agarro el pedazo que le colgaba, se lo acomodo un poco, siguió con dificultad —Te va a quedar una semana. No vas a venir a reemplazarme. Vos no hiciste nada, solo es un chime que me llevo. La próxima vez que vuelvas por acá, te va a quedar una semana, disfrútala. No tengas miedo, todo es ma... lindo que estar todo el día podrido bajo el sol.

Abraham suspiro, tuvo ganas de llorar por solo un instante. Se repuso como el hombre integro y apto que era. Pensó en Alquimia, pobre mujer, quedarse sola, en unos pocos días, llena de niñas con hambre y orfandad. Tenía la certeza de que las palabras del pecador no tenían ni más mínima

malicia. La muerte ya lo había condenado con su caricia incompleta. El terrible pecado de corromper a su hija, había hecho que una crecida lo hunda en el limbo de la podredumbre. Ahora su lugar era el de esperar que un alma condenada como la de él, viniera a tomar su lugar a las veras de aquellos ríos; lo años y los climas degastarían la carne y el hueso, solo quedaría la memoria y su dolor, penando y penando.

Ahora que el chimento de su muerte había llegado tenía que preparar todo el lugar para su ausencia. Sabía que todo ese sin sentido era mejor que el lugar del guarda de la quebrada. Todos sus conocidos tenían miedo de ese quedarse a medio camino que tenían los Condenados, cada tanto un olor a carne podrida y cabello quemado se sentía en todo el cerro, cada tanto se acercaban al pueblo a espantar a todos niños. El tendría el alivio de una memoria más limpia, tendría una imagen bella en la memoria de sus hijas, aunque una corta.

Cuando el olor dejaba de sentirse. Abraham, pensó un poco más en la injusticia que era, que su vida, que había vivido con tanto empeño e integridad, se viera súbitamente truncada por el final. Las promesas de la inmortalidad de los cielos no le terminaban de cerrar. Las cruces para él, solo eran un adorno, una guía en las visitas a los cementerios grandes.

Pero si hubiese una manera de quedarse un tiempo más prolongado en la memoria de los demás, si pudiera extender su presencia en la vida, en la existencia, por un poco más de tiempo, que tan grave sería cometer el pecado primigenio de acercarse a la carne familiar si ello implicaba que podría estar un tiempo más en la tierra, cerca de los suyos, y evitando el pánico de dejar de existir. No abría tanto dolor, en la pena, como para que superasen la angustia que genera el final de todo. Quizá valdría la pena el dolor y el pecado, siempre que uno siguiera existiendo. Con esas reflexiones siguió avanzando Abraham, por esa senda apenas marcada que muy pocos conocían. Quizá a la vuelta, cuando ya consiguiera la comida para su familia, todos esos pensamientos se le abrían borrado, volviendo a ser el que siempre fue aceptando en paz su muerte, haciendo honor al hombre que siempre demostró ser. La duda, por ahora, seguía latiendo.